

Don o maldición

Paco Mir

PERSONAJES

HOMBRE.

MUJER.

CAMARERO.

Una MUJER sentada en la terraza de un bar tomándose un café se fija en el HOMBRE que acaba de llegar y que, indolentemente, estudia cual es la mesa que le conviene más: casualmente, la que está junto a ella.

La MUJER que sutilmente no ha dejado de observar toda la acción parece ponerse nerviosa a medida que el HOMBRE avanza hacia la mesa. La sutilidad deja paso a la observación; hay cruce de miradas, disimulos, sonrisas.

Un CAMARERO cruza la escena en un segundo plano llevando unas bebidas en una bandeja. El HOMBRE, gesticulando, intenta llamarle la atención.

HOMBRE.- ¡Un café cuando pueda!

(La MUJER sigue observando, de repente, la mirada cambia de registro, parece indignada.)

MUJER.- ¡Ah, no!

HOMBRE.- ¿No?

MUJER.- Desde luego que no. Por ahí no pienso pasar.

HOMBRE.- ¿Por dónde?

MUJER.- Lo sabe perfectamente.

HOMBRE.- ¿Lo dice por el café? Usted también ha pedido café.

MUJER.- Por favor, no intente hacerse el gracioso. Los graciosos acaban pareciendo patéticos.

(El HOMBRE no sabe qué decir.)

Ni patéticos ni graciosos. No los soporto.

HOMBRE.- No lo sabía.

(Pausa.)

MUJER.- Estará contento. ¿No? ¡Ir por la vida destrozando corazones!

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- Usted es todo un seductor. ¿Verdad? El típico don Juan.

HOMBRE.- ¿Yo?

MUJER.- ¿Y cuándo me lo pensaba decir?

HOMBRE.- ¿El qué?

MUJER.- No. ¡Seguro que no me lo pensaba decir!

HOMBRE.- No sé...

MUJER.- Seguro que no. Odio los tópicos pero «todos los hombres son iguales».

HOMBRE.- Todos no.

MUJER.- No, todos no. Algunos son idénticos.

HOMBRE.- Y todas las mujeres son iguales.

MUJER.- ¿No lo dirá por mí?

HOMBRE.- Es un tópico. ¿No?

MUJER.- Yo no soy como las otras. A mí no va a engañarme.
A mí no.

HOMBRE.- ¿A quién he engañado?

MUJER.- ¡No me lo puedo creer!

HOMBRE.- No. ¿A quién he engañado?

(Llega el CAMARERO y le sirve el café al HOMBRE.)

MUJER.- (AI CAMARERO.) ¿Lo ha oído? ¿Qué se le dice a una persona tan mezquina?

HOMBRE.- Perdón pero yo no la he faltado.

MUJER.- (AI CAMARERO.) Sí. De pensamiento.

HOMBRE.- (AI CAMARERO.) ¿Qué dice?

MUJER.- (AI CAMARERO.) «¿A quién he engañado?»
¿Cómo es posible?

HOMBRE.- (AI CAMARERO.) No la conozco de nada.

MUJER.- (AI CAMARERO.) Es como si yo ahora le dijese a usted que sé que el importe de muchas de las mesas no las pasa por caja y que usted se atreviese a negarlo. ¿O no?

(El CAMARERO parece sorprenderse de la afirmación, que a todas luces es verdadera, y decide que es mejor dejar la escena con el billete que le ha dado el HOMBRE.)

La mentira no es menos mentira por no ser descubierta.

(Hay un silencio. La MUJER le coge la bolsita de azúcar al HOMBRE.)

HOMBRE.- (Sorprendido.) ¿Qué hace?

MUJER.- Usted no toma azúcar.

HOMBRE.- No.

MUJER.- Pues yo sí. Y este tipo de situaciones me provocan ataques de hipoglucemia. **(Se toma la bolsita de azúcar de golpe. Comiendo. Ininteligible.)** Pero seguro que a usted le da lo mismo.

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- Que seguro que a usted le da lo mismo.

HOMBRE.- Ya le he dicho que no tomo azúcar.

MUJER.- No, que, por su culpa, me den estos ataques. ¡Qué va! Estoy segura de que me caería aquí, medio muerta, y le daría lo mismo. «Una menos, a por otra». O peor, igual veía la oportunidad y me intentaba hacer el boca a boca...

HOMBRE.- (Levantándose.) Miré, no sé cómo, porque acabo de llegar, pero si le he ofendido de alguna manera, le ruego que me disculpe.

MUJER.- ¿Ésta qué es? ¿La técnica del zalamero?

(El HOMBRE se sienta. Se iría si no fuese porque no le han devuelto el cambio.)

(Pausa.) La verdad es que no me lo pensaba de usted. De lejos tiene una imagen completamente diferente.

HOMBRE.- ¿De lejos?

MUJER.- Cuando le he visto llegar.

HOMBRE.- ¡Ah! ¿Se ha fijado en mí?

MUJER.- Claro. Tenía una intuición. Al verle llegar me he dicho: mira, para ser una intuición no está nada mal, buen porte, parece guapo...

HOMBRE.- ¿Yo?

MUJER.- ¡Vanidoso! Encima vanidoso.

(El HOMBRE hace un gesto de excusa.)

«Ese puede ser tu hombre -me he dicho- éste no será como los otros». Pero nada más sentarse...

HOMBRE.- ¿Sí?

MUJER.- Que lo he visto claro.

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- Lo nuestro.

HOMBRE.- ¿Lo nuestro?

MUJER.- Que me iba a engañar.

(El HOMBRE está francamente despistado.)

Me mira como si no supiese de qué le estoy hablando.

HOMBRE.- Es que no sé de qué me está hablando.

MUJER.- Por favor, no empecemos. Al menos sea consecuente. No soporto a los inconsecuentes. Ni graciosos, ni patéticos, ni vanidosos ni inconsecuentes.

(El HOMBRE toma un sorbo de café.)

¿Lo piensa contar todo en sus memorias o se contenta con comentarlo con los amigotes?

HOMBRE.- ¿El qué?

MUJER.- Sus conquistas.

HOMBRE.- ¿Qué conquistas?

MUJER.- Esas pobres desgraciadas a las que les demostró que el amor eterno tiene los días contados.

HOMBRE.- No sé de qué me habla.

MUJER.- María... Isabel... Laura...

(El HOMBRE empieza a reaccionar. Es evidente que los nombres tienen algún sentido para él.)

Ana... Lola... Luisa... Pilar...

HOMBRE.- ¿Pilar? ¿Quién es Pilar?

MUJER.- ¡Encima no se acuerda! Las seduce, las enamora, se aprovecha de ellas y después si te he visto no me acuerdo.

(El HOMBRE parece que haga esfuerzos por recordar quién es esa Pilar.)

Ni siquiera tiene ese estúpido orgullo masculino del presumir: aquella que tenía unas buenas tetas, me la tiré así y asá...

HOMBRE. Pilar... no caigo...

MUJER.- Una tienda de deportes... verano... Alicante... comprando un bañador...

HOMBRE.- ¡Ah, Pilar!

MUJER.- Exactamente. Pilar... Pilar Bayona.

(El HOMBRE se sorprende de la precisión de las informaciones.)

(Pausa.) Pobrecilla, todavía debe de estar esperándole en aquel bar... con el café con leche completamente agrio...

HOMBRE.- ¿Cómo lo sabe?

MUJER.- Lo sé.

HOMBRE.- (Mosqueado.) ¿La conoce? ¿La envía ella?

MUJER.- ¿A las otras dónde las dejo? ¿Marchitándose en un banco del parque? ¿Tiradas en la puerta de un cine?

HOMBRE.- ¿Qué otras?

MUJER.- Diana... Begoña... Laura... Merche... ¿Sigo?
(Pausa.) Almudena, Alicia, Cristina Feliciano... ¿Cómo es posible?

HOMBRE.- No sé... las conoces y luego...

MUJER.- No, conocerlas no. Salir con alguien que se llame Feliciano. Es como enamorarse de su abuela.

HOMBRE.- No se parecía nada a mi abuela.

MUJER.- ¿Por qué lo hace?

HOMBRE.- ¿Coquetear?

MUJER.- No. Tomar café si le parece.

HOMBRE.- No sé. No puedo evitarlo. Es algo inherente a la condición masculina, necesitamos sentirnos queridos...

MUJER.- ¿Por cuántas?

HOMBRE.- A todos los hombres les gusta coquetear.

MUJER.- Supongo que sí pero no todos se ven obligados a «concretar» cada una de sus conquistas.

(Llega el CAMARERO y deja el cambio.)

CAMARERO.- (A la MUJER.) El ticket.

(El CAMARERO, mirando a la MUJER, rompe el ticket para que quede claro que lo ha cobrado. El HOMBRE deja unas monedas de propina.)

MUJER.- Este hombre, por ejemplo, casado, tres hijos...

(El CAMARERO se sorprende.)

¿Usted sabe la cantidad de chicas que ve al cabo del día? ¿Ha de intentar seducirlas a todas? ¿Eh? ¡Si a duras penas puede atender a los requisitos de la cajera!

(El CAMARERO, aturdido, se retira.)

A su favor, he de decir, sin embargo, que usted es un don Juan, pero al menos no está casado.

HOMBRE.- (Levantándose.) Me tengo que ir.

MUJER.- Ya... ¿Se lo he puesto difícil, verdad?

HOMBRE.- No, no, es que tengo que... cosas... ya sabe...

MUJER.- Bueno. De todas maneras piense que abortar esta relación, en este estado, es lo mejor que nos podría pasar. Nuestro amor es, o sería, imposible...

HOMBRE.- Supongo que sí...

MUJER.- Porque la historia la conoce usted mejor que nadie... hablar un poquito ahora, unas risas, contarnos cuatro cosas para buscar alguna referencia en común, más cafés, cenas, hacer el amor, la pasión, los desayunos, yo caería como una boba en sus redes y usted, una vez me tuviese conquistada, me engañaría con otra, yo le descubriría, o usted se aburriría de su nueva conquista, da lo mismo, lo acabaríamos dejando y ya nadie nos quitaría ese sinsabor de la relación frustrada; nos volveríamos a ver, no sabríamos qué decirnos... ¿No? ¿Para qué empezar una relación que usted sabe perfectamente que no va a ningún sitio?

HOMBRE.- Yo... sí que tengo que irme a un sitio... lo siento, igual otro día coincidimos y... adiós...

(El HOMBRE se va. La MUJER se queda sola, pensativa. Al cabo de unos momentos busca al CAMARERO, que está fuera de escena, y le hace gestos para que le traiga la cuenta. Vuelve a quedarse pensativa, apura el café. El CAMARERO entra.)

CAMARERO.- Su ticket.

MUJER.- ¡Me siento tan sola!

(El CAMARERO no se atreve a opinar. Durante el siguiente parlamento, la MUJER busca en su bolso el monedero y paga.)

Pero es que no me gusta que me engañen. **(Pausa.)** Bueno, le miento; no me importaría vivir engañada, ser feliz, vivir con una venda en los ojos, confiar en los hombres y creer que lo que te dicen para conquistarte les sale realmente del alma y no del fondillo de sus pantalones... pero tengo este maldito don, o maldición, no sé...

(El CAMARERO cobra y le da el cambio.)

Ya sé que usted no cree en los fenómenos paranormales ¿Verdad?

(El CAMARERO, asombrado, lo confirma con un gesto de cabeza.)

Pues créame, la transmisión del pensamiento, la telepatía, es una jodida realidad. **(Levantándose.)** Quédese con la vuelta.

CAMARERO.- Gracias.

(La MUJER se aleja de la mesa. El CAMARERO empieza a recoger el servicio. La MUJER se gira hacia él.)

MUJER.- ¿Esta propina a qué bolsillo irá a parar? ¿Al de las propinas que se reparte con sus compañeros o al de las propinas que desvía para su propio uso y disfrute?

(El CAMARERO que estaba a punto de ponerse la propina en el bolsillo derecho del pantalón, queda paralizado por esta nueva acusación que, por su reacción, comprendemos que es cierta. La MUJER sale.)